



Tampoco es argumento serio el que hace Vogt, y principalmente Knox, fundado en la dificultad de la aclimatación. Los europeos y los negros viven en las Antillas y en toda la América tropical, y si están sujetos á mayor mortalidad, no por eso dejan de propagarse. Además, hay gran diferencia entre el cambio súbito y el gradual: los ingleses viven muy bien en el Cabo, y allí preparan sus soldados á vivir en la India, evitando la excesiva mortalidad que sufrirían si se trasladasen directamente desde Inglaterra. Ni sabemos si las circunstancias climáticas de los distintos países habrán cambiado ó no desde que comenzaron á ser habitados, ni pasa de ser una hipótesis aérea la de que el negro sea el habitante primitivo de los trópicos. Juntos viven malayos y arios, europeos y boschimanos, y en el país de los achantis y entre las mujeres de Yombo, se han observado tipos perfectamente griegos por Bodwich y Burton. Hoy es grande la mortalidad de los europeos en la India; y sin embargo, es cosa demostrada por la filología y la etnografía el parentesco de los indios y los europeos, cuyas lenguas forman la familia llamada por eso indoeuropea.

Precisamente la dificultad de la aclimatación explica la formación de las razas, pues los individuos que se salvan por sus cualidades orgánicas especiales, las han de propagar á su descendencia, que favorecida del clima y demás causas modificantes, llegará á fijar y extremar esas cualidades, formando nuevas razas con el tiempo. Si las condiciones de un país no permiten vivir sino á los dotados de un temperamento especial y extremo, una colonia de inmigrantes perderá los individuos que no tengan aquél temperamento; mientras que los otros, casándose entre sí, le propagarán, como es natural, y ese temperamento especial se extremará más y más, se fijará, favorecido por todas las circunstancias externas é internas, y constituirá una raza. No se ha visto históricamente esta evolución; pero es porque no se ha dado el caso en tiempos históricos que hayan llegado á nuestra noticia y hayan podido sujetarse á observación; mas vemos los resultados, y sabemos que los principios y procedimientos pueden ser muy naturales y hacaderos, teniendo en cuenta sobre todo las grandes perturbaciones y catástrofes por que ha pasado la humanidad primitiva, según las más respetables tradiciones, que no hay motivo de rechazar. Y esto que no es posible experimentar en el hombre, se ve en los animales, singularmente domésticos. Sobre esto dice el Sr. Vilanova: «Hay que recordar el origen de algunas razas, particularmente entre

las domésticas, como la del carnero zarcero de los Estados-Unidos, las de Durham y Dishley entre los bueyes y cerdos de Inglaterra. El del carnero Manchamp en Francia es tan reciente como conocido, y nadie ha tenido la peregrina idea de crear para ello especies distintas, sino que todos las consideran como grupos ó ramas desprendidas de un tronco ya existente. Sin necesidad, pues, de apelar á causas desconocidas, ni tampoco á fuerzas ocultas, es de todo punto evidente y hay que admitir que la especie, así animal como vegetal, puede ofrecer en un momento dado singulares desviaciones en sus fases ó aspecto, produciendo individuos muy desemejantes del tipo, los cuales, sometidos espontánea ó artificialmente á la selección y á la múltiple y compleja acción de la herencia y demás condiciones biológicas, pueden convertirse en el tronco de una variedad y hasta de una raza nueva, que con el tiempo adquiere condiciones tales que casi deba considerarse como especie distinta. Con efecto, el individuo que por primera vez ostenta la anomalía que lo separa del tipo, llega á ser padre ó engendrador de otros seres, á quienes puede comunicar aquel sello especial, en virtud de la generación y de la fuerza conservadora hereditaria; pero al propio tiempo estos sufren ó experimentan las consecuencias del medio en que nacen.

«Ahora bien, podrá suceder que las condiciones exteriores sean indiferentes ó ineficaces sobre el nuevo producto, en cuyo caso la variedad se sostendrá sólo en virtud de lo que reciba por herencia; pero si el medio favorece por el contrario el desarrollo de aquella anomalía, entonces, fortaleciendo ó ayudando á la fuerza hereditaria, la variedad se acentúa más por medio de los caracteres que la distinguen. Por último, si las condiciones ambientes son contrarias, necesariamente ha de establecerse una lucha, de la cual resultará casi siempre la extinción completa, ó el aborto, digámoslo así, de la raza en su propia cuna, y cuando ménos que los caracteres se vayan borrando de un modo más ó ménos rápido, volviendo aquella al tipo originario.... Dos hechos importantes pueden consignarse como síntesis de los experimentos selectivos practicados en estos últimos tiempos, á saber: 1.º, que todas las razas de una misma especie no se prestan de igual modo á modificaciones idénticas, pudiendo citar como ejemplo las Durham y Dishley, procedente aquella de los bueyes de cuernos cortos de las riberas del Tees, y esta de los de cuernos largos del condado de Leicester, resultando razas que nunca se confundirán ni pueden reunirse en una sola; y 2.º, que los mismos procedimientos



aplicados á razas distintas dan resultados también diferentes.... Y el mismo Darwin no puede ménos de reconocer y admitir que todas las razas y variedades del palomo proceden de un solo tronco ó tipo, el torcaz; otro tanto puede asegurarse respecto del perro, del caballo, del buey, del carnero, del cerdo, etc., etc.» De todo esto puede y debe hacerse aplicación al hombre, el cual, dentro del tipo específico caracterizado por la personalidad, ofrece un número considerable de grupos, que merecen con más justo título el nombre de razas y variedades que el de especies. «Estas variaciones en el hombre, lo mismo que en los animales y en las plantas, hacen referencia al color de la piel, á la talla, á la conformación, al aspecto y volumen de la cabeza, etc., es decir, á caracteres dependientes del organismo. Pero además, y casi como consecuencia de algunas modificaciones, aparecen también en el hombre gradaciones más ó ménos pronunciadas en su inteligencia, en su carácter moral y religioso, y hasta en las manifestaciones de su múltiple y variado genio artístico, musical, etc. Algunos de los humanos grupos son tan antiguos, por no decir más, que los que observamos en muchos animales, según nos lo demuestran los últimos descubrimientos geológicos y los más remotos datos históricos. Es igualmente digno de notarse el hecho de que, si bien algunos de los rasgos más característicos son propios de este ó de aquel grupo, puede sin duda alguna asegurarse que no hay ninguno que de tal modo le sea exclusivo, que no se pueda presentar en los demás, verificándose en el hombre más que en otro ser alguno; aquella involuación, mezcla ó compenetración gradual de caracteres, que, según ya indicamos, puede servir de criterio para referir á un mismo tipo específico, más bien que á especies diferentes, las distintas ramificaciones de las especies, particularmente si entre ellos todos existe, como en el hombre, el vínculo común de la generación fecunda é indefinida.»

Hemos copiado estos largos trozos del señor Vilanova, por lo que aclaran y corroboran lo dicho anteriormente, y por ampararnos detrás de su autoridad científica, una de las primeras de España. Habla luego de los poligenistas, «para quienes las diferencias de las razas humanas deben considerarse como caracteres específicos,—y así titula el Sr. Ariza un escrito suyo, *Caracteres específicos de las razas humanas*, palabras que son una contradicción en los términos,—teniendo forzosamente que considerarlos como fijos é invariables, pues de lo contrario descenderían al rango de caracteres de raza

ó variedad, esto es, accidentales ó variables, lo cual traería por consecuencia precisa la nulidad de los pocos argumentos en que su razonamiento se funda. Puestos ya en este terreno los poligenistas, se encuentran en la dura, pero inevitable alternativa, ó de extender á los demás seres estas consideraciones, para que de este modo entre el hombre en las leyes generales de la materia organizada, y en este caso tienen que negar la variabilidad, si quiera sea limitada, de la especie animal y vegetal; ó admitiendo que estas pueden modificarse,—según lo demuestra la experiencia,—se ven obligados á persistir en que las diversas especies humanas son fijas é invariables. En el primero de estos casos la doctrina poligenista aparece en abierta contradicción con hechos que observamos todos los días, y que son hasta vulgares; en el segundo hace del hombre una excepción única é inexplicable.» Parécenos, pues, que no se puede aceptar razonablemente la doctrina poligenista, y hay que acudir á la especie única, que, si no implica necesariamente el origen de un solo par, le hace posible, único tema que en este momento proseguimos.

Que el color de la piel es un carácter accidental y variable y no puede considerarse como específico, lo prueban, no sólo los casos aislados de melanismo que registran los anales de la medicina en medio de Europa, y los de muchas especies de animales, en los que ha llegado á constituir razas, como el caballo, asno, carnero, cabra, perro, conejo, cerdo, camello, llama, búfalo, gallina, etc., etc., sino en razas europeas trasladadas á otros climas, como hemos dicho ya de judíos y portugueses, y se ve en los fellahs de Egipto, cuya conformación es toda caucásica. De los indios, pertenecientes como se sabe á la misma raza que los pueblos germánicos, dice el obispo Heber citado por Prichard: «Me chocó altamente ver la gran diversidad de colores que me presentaban los indios entre la multitud que me rodeaba. Allí veía individuos negros, como los designados por este nombre de raza, otros de color de cobre, otros apenas algo más morenos que los tunecinos que había visto en Liverpool. Manifesté mi admiración á M. Mill, que quizá conoce á la India mejor que nadie, y me dijo que jamás había podido explicarse esta diversidad general en todo el país y manifiesta por do quiera.»

«No es sólo la mayor ó menor exposición á los rayos del sol lo que produce estas diferencias, puesto que se las encuentra entre los pescadores, que andan igualmente desnudos. Tampoco depende de las castas, porque aun en la





más noble, la de los brahmanes, se encuentran á veces individuos negros, y entre los párias otros casi blancos.»

Ni hay un órgano especial que produzca el melanismo. En la capa profunda del epidermis, sobre las desigualdades de las papilas, se ostenta en todos los hombres una capa de células idénticas en todos por su forma, y sólo difieren por la presencia de un pigmento colorante más ó ménos pronunciado. Y cuando se establece sobre una piel blanca la coloración negra ó morena, lo que no es raro, se encuentra el mismo pigmento en el blanco que en el negro. En las manchas negruzcas de las mujeres en cinta, en la efélide procedente de insolación, la raza europea presenta el mismo pigmento que la piel del negro; mientras que este, que á su nacimiento es blanco, no presenta entonces huellas de pigmento alguno (Flourens). El melanismo se debe á causas diversas externas, entre las cuales hay que contar el clima, como lo prueban hechos incontestables, aunque también hay otros en que esta causa no ha sido suficiente á producir el fenómeno, como sucede con otras, sobre las cuales hay datos en pro y en contra, demostrando que aún no se conoce cómo obran, y que la ciencia ignora muchas cosas. Los lapones y los húngaros descienden de la misma familia, como lo prueban sus lenguas; y con todo hay entre ellos enormes diferencias, sin que se sepa si es la altura, el clima, las costumbres, la alimentación, etc., la causa de tan gran diversidad, ó si lo son todas juntas. La generación, que da lugar á diversas anomalías, mediante las cuales una entendida selección puede producir razas nuevas, produce el melanismo en los animales domésticos, como en la gallina negra de Bogotá, procedente de una raza europea que no lo era, y que se ha desarrollado igualmente en muchos otros puntos; podría, pues, haberle producido en el hombre, aunque no se admitan como auténticos algunos de los casos que se suelen citar. Y no siendo, como hemos visto, carácter peculiar de una sola raza la coloración negra, que se desarrolla en todas, es forzoso que se haya presentado en hombres que no eran negros, desarrollándose por influencias externas ó por la generación, tanto más, cuanto mayores son los matices graduales de este carácter accidental disperso entre todas las razas, y por tanto de ninguna de ellas exclusivo.

Excusado es detenerse en el carácter de la talla, tan accidental, que apenas puede tenerse por carácter fisiológico. Las estaturas extremadas por lo grandes ó pequeñas en pueblos que la tienen mediana, son de todos conocidas; y

como generales en pueblos de la misma raza, pueden servir de tipo otra vez los lapones comparados con los húngaros.

Se hable de la prolongación de los brazos entre los negros, de la curvatura de las tibias, del aplastamiento de la bóveda calcáneo-társica; pero son diferencias harto mínimas para que se las considere como caracteres específicos. Las cabezas *prognatas*, es decir, que vistas por arriba dejan ver saliente la reunión de los incisivos superiores é inferiores, y de lado presentan dos planos formando ángulo en este punto y dirigidos á la frente y á la barba, no son peculiares de la raza negra, se encuentran en todas y faltan muchas veces en la negra y sus derivadas. Que el agujero occipital sea un poco más ancho en los negros que en los europeos, y esté algunos milímetros más atrás, no puede ser un carácter específico, comparado singularmente con las enormes diferencias que hallamos entre diversos individuos de las mismas especies domésticas.

La misma imposibilidad de constituir un carácter específico en las diferencias del cráneo, nos la manifiestan las numerosas y repetidas medidas hechas, ya por medio del ángulo facial, ya rellenándole de arena. El ángulo facial varía insensiblemente en el hombre entre 90 y 70 grados, y para llegar al mono más favorecido en este punto hay que bajar hasta 35 grados al ménos, pues R. Owen halló de 33 á 35 solamente para dichos monos. La capacidad media del cráneo varía entre los números 87 y 78 para los pueblos blancos y los hotentotes, australianos y negros oceánicos, siendo infinitas é insensibles las diferencias, y repartidas entre todas las razas. M. Godron introdujo en un cráneo humano mediano 153 centilitros de arena, y no pudo hacer entrar en el de un orang más de 44, salto enorme sin términos medios, que manifiesta la diversidad específica, al paso que las gradaciones insensibles de la capacidad de los cráneos humanos prueban, con los demás caracteres, que no se ha salido de la misma especie. Son, pues, estas y otras diferencias orgánicas que se quieren hacer valer por los poligenistas, cambios accidentales, efectos de la variabilidad dentro de la unidad específica, y producidos, bien por la *espontaneidad* en la generación, bien por influencias externas, como cambio de climas, costumbres, condiciones de vida, estado de la civilización, etc., como nos constan ciertamente en los animales domésticos, y en los que de tales han vuelto al estado de la libertad, como los caballos y bueyes cimarrones de América. No prueban, por lo tanto, las ciencias naturales que las diferencias de razas humanas no



pueden ser efecto de la variabilidad de la misma especie.

Apenas merece ya mención especial la famosa teoría de Renan, por la que tenía por propio de la raza semítica, y dependiente de su *constitución intelectual* peculiar al monoteísmo, mientras que la ariana y camita eran politeístas por constitución. Lo gratuito, falso y contrario á los hechos mejor averiguados de esta hipótesis, ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada, y no es preciso insistir en ello. El monoteísmo primitivo de todos los pueblos de quienes se ha podido averiguar algo cierto ó muy probable, es cosa casi convenida, concedida por el mismo Renan respecto al Egipto, y punto ménos que demostrada para los chinos, persas é indios. Por lo demás, el carácter religioso hemos dicho que es uno de los distintivos de la especie humana, y es accidental que este sentimiento se exprese de uno ó de otro modo, y hasta que no tenga expresión alguna en ciertas tribus demasiado salvajes; ello es que estas tribus comprenden y aceptan las ideas religiosas luego que les son expuestas por los misioneros, cosa que hasta la fecha no se ha observado en ninguna familia de cuadrumanos.

Lo propio hay que decir del lenguaje, don peculiar del hombre, sometido más ó ménos á su libre albedrío, y variable, por lo tanto, hasta lo indefinido. Ciertamente que en el estado actual de la filología y ciencia de las lenguas, no se puede demostrar que todas ellas procedan de una misma, pero tampoco se prueba lo contrario; y las tradiciones religiosas de la parte civilizada de la humanidad dan razón de esa variedad, hasta ahora irreducible á un solo tipo primitivo, mediante la historia de la confusión de Babel. Los incrédulos pueden tener por un mito esta historia; pero esto no es probar su falsedad, ni quita ó pone cosa alguna á la respetabilidad de esta tradición, escrita en un libro que tantas otras contiene, ninguna de las cuales ha sido impugnada con éxito por la ciencia contemporánea, al paso que dan razón de tantos y tan interesantes problemas de Historia universal. «Para el psicólogo y naturalista, dice Renan, es la unidad de la raza humana tan evidente, que no admite controversia.» En esto anduvo un poco desorientado, pues no faltan, como vamos viendo, naturalistas que impugnan esa unidad. Además, esa opinión corriente y general, según Renan, le debía pesar bastante, pues hace esfuerzos por impugnarla, y ofrece á los naturalistas armas extrañas para ellos, aprovechadas por Pouchet en los términos siguientes: «Una sola afirmación bastará, la relativa á las lenguas semíticas. Si los planetas

cuya naturaleza física parece análoga á la de la tierra, dice Renan, están poblados por seres parecidos á nosotros, se puede afirmar que la historia y la lengua de esos planetas no difiere más de las nuestras que la historia y la lengua semítica.»

Ellas diferirán todo lo que se quiera, sin que por esto obste en manera alguna para que, hace cinco mil años ó más, fuese la misma la lengua que hablaron sus padres y los nuestros. En pocos siglos pasados desde los principios de la reconquista, no entiende el pueblo español la lengua que hablaban sus padres, y esto sin grandes catástrofes nacionales, sin conquistas ni emigraciones. ¿Qué extraño será que pueblos separados desde la más remota antigüedad, y más separados aún por sus costumbres, su historia y civilización, hablen lenguas diferentes en sistema gramatical, en tener las raíces monosilábicas ó trisilábicas, entre las cuales, sin embargo, todavía se encuentran algunas raíces idénticas?

Después de citar la confesión de Renan, copiada poco hace, dice García Ayuso, joven de brillantísimas esperanzas, y el primero ya entre los filólogos españoles: «Y la lingüística no ha presentado aún argumento alguno en contra (de la unidad de la especie humana), ni le presentará, porque si la humanidad pudo crear el lenguaje en todas las formas bajo las cuales hoy le conocemos, ó en otras análogas, no hay razón para negarle el poder de modificar un idioma primitivo y crear las familias que hoy existen. Por otra parte, ignoramos si alguna de las familias conocidas, y sus lenguas, se remontarán á los primeros días de la humanidad, y por consiguiente, no es posible deducir de su diversidad actual, dos diversos orígenes de las mismas.» Y lo que puede con el tiempo ser producto de la espontaneidad humana, de mil diversos modos dirigida, pudo comenzar por el fenómeno de Babel, del que se originarían las tres familias de lenguas, de una, dos ó tres sílabas á que todas pueden reducirse, ó siguiendo otra clasificación, las monosilábicas de aglutinación y de flexión. Mas pensar que en cualquier caso haya inventado un pueblo por sí, ni después de civilizado, porque ninguno lo puede ser sin la palabra, ni mucho ménos salvaje, la lengua más sencilla; pensar, sobre todo, que la haya inventado una tribu de cuadrumanos antropomorfos al trasformarse en hombres, es una hipótesis completamente gratuita, ya que no se tiene noticia de un solo hecho que la abone, y absurda además, entre otras razones, porque las lenguas no se van formando poco á poco, sino que aparecen desde luego





perfectas en su forma esencial, y son tanto más filosóficas y profundas, cuanto más antiguas, como lo prueba, entre otros casos, el sanscrito comparado con sus numerosas derivaciones indo-europeas. Por eso Guillermo Humboldt y el mismo Renan, las suponen hijas de la maravillosa espontaneidad primitiva del linaje humano, la cual es otra hipótesis, que no sé cómo se pueda conciliar con el estado de salvajismo en que es de moda suponer al hombre primitivo, ya se le crea oriundo del mono, ya se dé por cosa corriente lo que nos cuentan los prehistóricos acerca de la ya famosa edad aqueolítica ó de la piedra tosca, y neolítica ó de piedra pulimentada, á las que siguieron, tras largos intervalos, la del bronce y la del hierro. A trueque de atacar las creencias religiosas, so pretexto de libertad científica, y echarse á fundar teorías peregrinas, se cae en las más inconexas aberraciones y se admiten las contradicciones más palpables.

Ni las ciencias naturales ni la historia de las religiones, la lingüística, la etnografía, la geografía, etc., prueban cosa alguna contra la posibilidad natural de la formación de las diversas razas humanas, hoy existentes dentro de una misma y única especie. Y como esta se propaga por generaciones sucesivas, ninguna de esas ciencias prueba la imposibilidad natural de que todos los hombres procedan de una sola pareja primitiva. Y aquí debo hacer notar la escasa lealtad con que un autor español, ya citado, pretende argüir á los monogenistas de futilidad ó petición de principio, suponiendo que definen la especie la colección de individuos que proceden de un tronco común, porque esto no es verdad, sino que basados en el carácter real y verdadero de la generación fecunda indefinida, además de la semejanza de caracteres naturales, suelen añadir á la definición común: «de suerte, que puedan suponerse procedentes de uno solo ó de un par de ellos.» Esto no es decir que en efecto procedan de un tronco común, sino sólo que pueden proceder, que no hay razón científica que no haga imposible esta prudencia; y esto es lo único que puede pedirse á la historia natural y fisiología comparativa, y lo único que nosotros nos proponíamos probar en nuestra segunda proposición. Mas esto nos conduce naturalmente á la tercera.

### III

La ciencia puede demostrar la verosimilitud de que las razas humanas se hayan formado dentro de una misma especie, y aun de que todas ellas procedan de una sola pareja.

Lo que ya dicho, ya sobre las variedades y razas en que puede subdividirse una especie única, nos excusa de entrar en más pormenores, que no harían sino corroborar esta doctrina con más hechos y testimonios de los más autorizados y doctos naturalistas. La historia de las razas animales y vegetales, dice J. Müller, llega invariablemente á esta conclusión, que todas las razas verdaderamente diferentes de una misma especie, pueden formarse por medio de algunos individuos sometidos durante largo tiempo á las mismas causas internas y externas. Blumenbach observa que, cuanto más extensa es el área de una especie, tanto más se extiende el dominio de sus variedades. El perro es el animal más extendido por toda la tierra: pues bien; en Guinea nuestros perros se convierten en negros, por decirlo así; su pelo desaparece y toman un color negro y sucio, mientras que en el Norte los animales tienen tendencia á adquirir pluma y pelo blancos. En estado salvaje, ó cimarrón, pierden el ladrillo; los cerdos se tornan en jabalíes, de color uniforme y orejas derechas, como igualmente desaparecen las variedades de caballos y bueyes, tomando color y formas semejantes.

M. Perty y Th. Waitz no niegan la posibilidad de que todos los hombres descendan de una sola pareja; pero la consideran inverosímil á causa de que «la existencia de la especie hubiera dependido de un hilo bien frágil.» Hay argumentos que cuesta trabajo meditarlos seriamente, y este es uno, porque encuentra dificultad en que cuidara de los primeros pasos de la especie humana el que la crió. Si Dios crió la primera pareja humana con ánimo de que constituyera la especie, no tenía necesidad de precaverse, criando muchas parejas, contra la contingencia de que una enfermedad se llevara al hombre, ó á la mujer antes de ser padres, y quedara frustrado su intento. Si no fué Dios, sino la naturaleza, quien produjo á los hombres, no pudo pensar en esta contingencia ni tomar precauciones para evitarla, puesto que la naturaleza no piensa.

La Biblia y la geología atestiguan grandes catástrofes cósmicas que influyeron notablemente sobre la humanidad, produciendo, según la primera, entre otras cosas, una gran disminución en la vida del hombre, y de seguro cambios climáticos que debieron alterar profundamente su constitución, tanto más, cuanto que vino luego la dispersión de los hombres y su aislamiento en países diversísimos, como fueron diversas todas las causas que producen en una especie, y en la humana en particular, las variedades que llegan á perpetuarse y adquirir



el carácter y persistencia de razas. Estas causas pueden resumirse en las cuatro siguientes: 1.ª, la especie que encierra al hombre en los límites de su naturaleza de animal racional, moral, político, religioso, parlante, bípedo, bímano, monodelfo, desnudo, industrial, artista, etc., susceptible, sin embargo, de indefinidos matices y graduaciones en todos estos caracteres específicos; 2.ª, el individuo que no participa necesariamente ni en el mismo grado de la organización física de la familia, de la raza, de la especie misma, pues que la ley de la invención ó diversidad de la forma primordial, traspasa enteramente en su procreación, y bajo todas las formas plásticas de la existencia, rigie profundamente los caracteres de los tipos á que pertenece (Lucas, *De l'hérédité*); 3.ª, las circunstancias, entre las cuales influyen poderosamente el clima, los alimentos y las costumbres, con el género de vida, religión, cultura, etc.; 4.ª, en fin, la herencia, que puede trasmitir por generación las variedades producidas por la espontaneidad individual y las circunstancias internas y externas. Si se tienen en cuenta estas cuatro causas, no se hace imposible ni difícil, sino, por el contrario, plausible y verosímil la unidad primitiva de todas las razas, y por consiguiente, su descendencia de un progenitor común.

Ya hemos dicho que el estudio de las lenguas no demuestra hoy en día que todas ellas procedan de una misma, como tampoco prueba lo contrario; la lingüística sólo puede ser un auxiliar de la etnografía, juntamente con la geografía y la historia, singularmente la historia de las ideas y tradiciones de los pueblos. Mas con todo, ella está lo suficiente adelantada para que se asigne con certeza un origen común á los suecos y á los indios arianos, y se afirme que miembros de la familia ariana han habitado una patria común antes de que comenzaran sus emigraciones. Al comparar ahora al sueco ó noruego, habitante del círculo polar ártico, con el indio, habitante de los trópicos, es decir, de los extremos de la tierra, y considerando que originariamente formaban una misma raza y quizá un solo pueblo, podemos calcular qué cambios pueden producir en los caracteres etnológicos un largo espacio de tiempo y la diversidad del clima.

Hasta en la forma del cráneo influyen á la larga poderosamente las costumbres y la diferencia de cultura intelectual, cosa no extraña, ya que el ejercicio de las facultades mentales hace más voluminoso el cerebro y el cráneo menos deprimido, sobre lo cual ha derramado viva luz Retzius en el *Archivo de Anatomía de*

Müller en 1858. Prichard refiere que vió irlandeses arrojados á las montañas como bestias salvajes por la barbarie de los ingleses, y á quienes el hambre, las privaciones y la miseria habían sumido en una degradación profunda; su talla apenas alcanzaba á cinco pies y dos pulgadas, el vientre era prominente, las piernas torcidas; sus rasgos, desfigurados, presentaban un aspecto repugnante, sobre todo por aquella boca siempre abierta, guarnecida de dientes largos y separados.

Ni es posible circunscribir los límites de las razas humanas, todas las cuales se funden entre sí, dispersándose en todas ellas los caracteres por los que se suelen distinguir. Es observación que hace el autor del *Cosmos*, para concluir que los numerosos intermedios bajo el punto de vista de la piel, color y estructura del cráneo, que los progresos de la geografía han hecho descubrir, son un alto testimonio en favor de la unidad de la especie humana. Y J. Müller dice: «Cuando examinamos la cuestión bajo el solo punto de vista de la historia natural, nos parece imposible adoptar otra explicación que no sea la descendencia de todos los hombres de una sola pareja.» Y eso que la historia natural no investiga si realmente ha sucedido así; pero testifica que las cosas están en el mismo estado que si cada especie hubiera comenzado por una pareja, y esta conclusión es un momento esencial á la idea de especie. Así vuelve á expresarse Müller y con él Quatrefages.

Cierto que Agassiz no aprueba estas ideas, aunque partidario de la unidad específica del hombre y de la estabilidad de las especies. Al ménos, en 1845 afirmaba altamente la unidad de la especie humana, y no fué lógico y consecuente cuando despues creyó en siete centros de creación en botánica, zoología y antropología. No quisiéramos inferirle un agravio, pero no parece sino que este sabio, tan honrado en los Estados esclavistas americanos, cedió un poco á la atmósfera que le rodeaba, é hizo coro con los naturalistas del país, que tanto interés mostraran por convencer al mundo de que los negros no son hermanos de los blancos. Por lo demás, hay un hecho sencillo que echa por tierra toda su hipótesis, y es, que las zonas botánicas y zoológicas no concuerdan con las ocupadas por las razas humanas, aunque estas pudieran precisarse bien, que no lo pueden; y en fin, que es imposible fijar la zona ártica como un centro de creación para el hombre. Esta inconsecuencia de Agassiz nos lleva á otra razón más plausible en favor de nuestra tesis.

Consiste esta razón en la ley observada cons-